medida. Toda la Europa quedó asombrada al ver un Papa liberal, y á una concesion siguió otra, hasta que al fin, firmó Pio IX una constitucion, produciendo este hecho un entusiasmo indecible en Italia, donde se preparó así el camino para la revolucion de 1848.

El año 1847 hubo una revolucion pacífica en varios puntos de Italia: en Toscana se decretó la libertad de imprenta, instituyóse una guardia nacional, y 60,000 ciudadanos fueron en procesion á dar las gracias al gran Duque por sus concesiones, pero el Gobierno del Piamonte, siempre vacilante, tardó algun tiempo en seguir el ejemplo y adoptó las mejoras tan poco á poco que no mereció las gracias de sus súbditos. Entretanto, el tirano de Nápoles seguia oprimiendo al pueblo; los austriacos habian ocupado á Ferrara sin pedir permiso al Papa, el cual fué considerado entonces por todo el pueblo italiano como una víctima de la persecucion, por su benevolencia, y hasta Carlos Alberto, aunque mas bien movido por su ambicion que por sus principios liberales, escribió al Papa, ofreciéndole su apoyo contra Austria.

En el mes de Agosto de aquel año tan borrascoso, estalló una insurreccion en Calabria y en la isla de Sicilia, pero fué reprimida en ámbos puntos, y para castigar á los culpables, se mostró el rey de Nápoles cruel y sanguinario hasta la barbárie.

Por muy repentina que fuese en París la revolucion de 1848, no llamó la atencion en Italia, que estaba, hacia algun tiempo en contínua agitacion; el país esperaba que estallase un movimiento general desde los Alpes á los Apeninos, necesitaba un estímulo para lanzarse de nuevo á la lucha, y un gefe valeroso que guiase á los patriotas, y tuvo la suerte de encontrar ámbas cosas con la revolucion de 1848 y el intrépido Garibaldi.

CAPITULO II.

Vida de Garibaldi.

Lugar donde nació.—Su familia.—Su infancia.—Su educacion.—Su primera espedicion al mar.—Su intrepidez y dulzura de carácter.—Primera visita á Roma.—Su patriotismo.—La tempestad.—Apuros y contratiempos.

De la familia y linage de Garibaldi, se sabe muy poco, pero se cree generalmente que es de orígen Teutónico. Hubo un duque de Garibald en Baviera, allá por el siglo VI, y doscientos años despues fué conocido este nombre en Lombardia, conservándose aun en Alemania, pero reducido al diminutivo *Gerbel*. La complexion y robustez de Garibaldi son propias de su orígen Teutónico y la etimología de su apellido, que significa en aquel lenguage *atrevido en la guerra*, parece confirmar el adagio de *bonum nomen, bonum omen*.

José Garibaldi, el héroe y libertador de Italia, nació en Niza en 22 de julio de 1807, y el general se complace en afirmar que vino al mundo en la misma habitacion que el mariscal Massena. Garibaldi era hijo de un marino; su abuelo, que tenia varios buques mercantes, mandaba uno de ellos, y el padre que estaba encargado de otro, llegó á ser muy rico, pero vivió poco tiempo para sus hijos.

La educacion que se dió á nuestro héroe fué muy apropósito para la carrera que debia seguir, y las empresas que mas tarde emprendió. De una constitucion robusta, de carácter franco y leal, y valeroso hasta la temeridad, es de notar que ya desde su infancia no le gustaron sino aquellos pasatiempos que ofrecian algun peligro. Como esperto y diestro marino, en medio de la tempestad no parecia temer sino á Dios, y muy aficionado á todos los ejercicios de fuerza y agilidad, gustábale sobre todo la natacion. Al hablar sobre esto decía Garibaldi: «No sé cuando ni cómo aprendí á nadar, y en mi concepto nací ya con la cualidad de los anfibios, pero aunque me esté mal el decirlo, y apesar de lo poco aficionado que soy á suponerme superior en nada, como saben muy bien mis amigos, debo declarar, sin creer que esto sea una exageracion, que soy uno de los primeros nadadores del mundo.»

La madre del futuro general se llamaba Rosa Raguindo, señora respetable, de carácter enérgico é inflexible moral, pero tierna y cariñosa para su hijo, que á su vez la queria y veneraba sobre todas las cosas. Rosa Raguindo ejercia mucha influencia sobre el jóven Garibaldi, y de ello se podrá juzgar por lo que decia este último al hablar del amor que la profesaba; he aquí sus palabras: «Uno de los mayores pesares de mi vida, ha sido el no poder hacer feliz á mi madre; muy léjos de esto, he amargado los últimos dias de su vida; sólo Dios sabe cuantos disgustos ha tenido por mi carácter aventurero, pues la buena señora me profesaba un entrañable cariño, y aun debo decir que su ejemplar piedad hizo nacer en mi esos sentimientos caritativos que me han granjeado la simpatía de mis desgraciados compatriotas. Yo no soy supersticioso, y sin embargo, debo confesar, que en los mayores peligros de mi vida, cuando el Océano embravecido rugía á mi alrededor, cuando las olas furiosas barrian la cubierta de mi buque, ó cuando las balas silvaban sobre mi cabeza como los vientos de la tempestad, me parecia ver á mi pobre madre arrodillada á los piés del Altísimo, pidiéndole que me salvára del peligro. Ese valor con que varias veces he admirado al pueblo, era hijo de la conviccion que tenia de que no me sucederia nada miéntras aquella santa señora, miéntras que aquel ángel, rezase por mí.» Pero, ¡ah! cuando

el héroe escribia esto, no esperaba seguramente que mas tarde se le retiraria sangriento y prisionero del campo de batalla de Aspromonte; lo dicho basta, no obstante, para que se comprenda cuál era el carácter del hombre que amaba á su madre con tanta ternura.

Aun cuando Garibaldi se distinguió por sus ideas caballerescas desde su primera juventud, no parece que esto fuera el resultado de la educacion que le dieron sus padres; era mas bien una cualidad natural de su carácter. Su padre, Domingo Garibaldi, habia dado suficientes pruebas de valor, pero el cariño que profesaba á su hijo, le retraia de buscar los peligros, prefiriendo estar cerca de aquel para velar por su seguridad. «Mi padre, dice Garibaldi, no me enseñó la gimnasia, ni el uso de las armas ni la equitacion; yo aprendí la primera en los buques; el manejo de la espada defendiéndome de mis enemigos, y por lo que hace á la tercera, he tenido por maestros los mejores ginetes del mundo, que son los *Gauchos*.»

Cuando Garibaldi llegó á la edad conveniente, su padre le llevó á la mejor escuela que pudo encontrar, pues queria dar á su querido hijo una buena educacion, y en su consecuencia se le condujo á Niza, ciudad donde hay muy buenos profesores y se cultiva la literatura francesa. Garibaldi, aunque muchacho de ingénio y disposicion, no era muy buen estudiante, ni hacia tampoco mucho aprecio de los consejos del preceptor que le habia dado su padre, un anciano sacerdote llamado Giovanni. Su segundo preceptor le hizo fijar la atencion en la historia, sobre todo en la romana, enseñándole asímismo el latin, y parece que este estudio despertó un noble patriotismo en el poético muchacho, pero su aficion á la literatura latina é italiana no bastó para que se inclinase á la vida tranquila. Ansioso de aventuras, el atrevido escolar propuso á tres de sus compañeros que huyesen con él á Génova, pues deseaba ver aquella famosa ciudad, y aprobado el pensamiento, Rafael d' Andreis, Celestino Bumond y César Parodi, accedieron á emprender aquel intempestivo viaje. Sin vacilar un momento, apoderáronse lo cuatro jóvenes de una barca pescadora, y se hicieron á la vela, pero un sacerdote los vió, y reconociendo á Garibaldi, corrió á dar el aviso á su padre, el cual dispuso que saliera inmediatamente un barco en persecucion de los fugitivos. A poca distancia de Monaco fué alcanza-

da la barca, y se condujo á los espedicionarios á Niza, con gran sentimiento suyo, sobre todo de Garibaldi. La circunstancia de haberse frustrado el viaje por la oficiosidad de un sacerdote, fué causa de que el jóven héroe cobrara aversion á todos los prelados, sin que el cariño que profesaba á su preceptor y á su maestro, bastáran para contrarrestar este sentimiento en lo sucesivo.

Garibaldi emprendió de nuevo sus estudios con mas ardor que nunca apesar de su repugnancia á la vida sedentaria, fijando su atencion sobre todo en la historia antigua de Roma y en la brillante literatura italiana, y así se esplica que se espresase siempre con esa gracia y elocuencia que caracterizaba sus escritos, especialmente las cartas que dirigia á sus amigos.

Por fin llegó el dia en que fué preciso pensar en elegir una carrera para el jóven, y sus padres se mostraron dispuestos á no perdonar sacrificio alguno para dársela tan brillante como deseaban, pero Garibaldi declaró que no le gustaria ser ni abogado, ni médico, ni sacerdote, ni dedicarse, en fin, á otra carrera sino á la de marino, pues tenia una gran aficion al mar. Aun siendo niño, en vez de irse á jugar con los demás, preferia pasearse por las orillas del Océano, recorrer la playa en las noches de luna, y contemplar las furiosas olas cuando rugia la tempestad; ser marino y arrostrar los peligros era el sueño dorado del jóven, y de tal modo insistió en ello, que la familia hubo de acceder al fin, no queriendo contrariar en esto la voluntad de su hijo. ¡Cuántas penas debia costar á su madre aquella decision! ¡Cuántos dias de tristeza á su afligido padre! La buena señora no cesó de llorar un momento, mientras se hacian los preparativos de marcha, y en cuanto á Domingo Garibaldi, no podia consolarse con nada, pero la resolucion del muchacho era irrevocable, y por lo tanto, ninguno trató de disuadirle de su idea.

Domingo confió su hijo á un amigo suyo llamado Ángelo Pesante, capitan de uno de esos hermosos buques italianos, muy abundantes entonces, y que se ven todavía en algunos puertos de Inglaterra. Angelo contribuyó mucho á formar el carácter de nuestro héroe, que bien pronto profesó tanto cariño como respeto al capitan, admirando su destreza, su valor y su serenidad en medio de los peligros, pues

Garibaldi, aunque jóven, sabia apreciar estas cualidades en lo que valen. El buque mandado por Angelo Pesante, se titulaba la *Costanza*, y esto no lo olvidó nunca el jóven marino, que apesar de los azares de su existencia, y de los años trascurridos, habla siempre del buque donde hizo su primera espedicion y del valeroso capitan que se encargó de dirigirle al dar el primer paso en su peligrosa carrera. ¡Con qué elocuencia se expresaba Garibaldi cuando al desembarcar en las costas de Sicilia, cuya independencia habia conquistado, recordaba á sus amigos esta circunstancia de su vida! Hé aquí sus palabras: «¡Hermosa *Costanza!* tú fuíste el primer buque donde pude respirar libremente la brisa del mar! Aun me parece estar viendo tus mástiles, tu espaciosa cubierta, tu esbelta proa y tus gallardetes; ¡con qué ligereza trepaban tus marineros á las vergas! ¡con qué placer escuchaba sus cantos populares y sus sentidas trovas! ¡Oh! si aquellas canciones de amor hubiesen sido himnos patrióticos, ¡cómo habrian seducido mi ardiente imaginacion! Ignoraban mis compañeros que aun existia Italia; olvidaban acaso que teníamos que vengarla y alcanzar su libertad!»

Por este párrafo se podrá formar una idea de la elocuencia de nuestro héroe, de su generoso patriotismo y nobles sentimientos, y su carácter no varió nunca desde el primer dia que pisó la cubierta de la *Costanza*, hasta aquel en que, derrotado é inválido, volvió á su solitaria roca de Caprera, siempre resuelto á luchar por su pátria.

Acompañado siempre de Angelo Pesante, Garibaldi hizo un viaje á Odessa, y á su vuelta pudo abrazar á sus padres, que trataron, aunque inútilmente, de inducirle á que no volviese al mar, pero viendo que no habia medio de disuadir á su hijo, Domingo resolvió que le acompañara á Civita-Vecchia, para cuyo punto pensaba hacerse á la vela de un momento á otro. El jóven patriota celebró mucho tener aquella oportunidad para visitar á Roma, y al escribir á uno de sus amigos anunciándole su marcha le decia: «Estoy loco de alegría porque voy á Roma; la perspectiva de este viaje me seduce, porque Roma es para mí la capital del mundo. Ciertamente puede considerársela como una reina destronada, pero sus ruinas sublimes y gigantescas, de las cuales sale un espectro luminoso, me recuerdan

la grandeza del pasado. La Roma que yo ví en mi juventud no era solo la Roma de la antigüedad, sino tambien la del porvenir, y entonces pensé en la regeneracion de un pueblo perseguido por la envidia de las demás potencias, porque éstas recuerdan su poderío, porque saben que marchaba á la cabeza de las naciones por la senda de la civilizacion! ¡Roma! ¡Oh! cuando pensé en sus desgracias, en su humillacion y en su martirio, fué para mí un objeto sagrado; la amé sobre todas las cosas y escitó mi admiracion no solo por su heroismo, no solo por la prolongada lucha que sostuvo durante varios siglos, sino tambien por los últimos acontecimientos de que habia sido teatro. Despues, cuando me ví separado de la ciudad eterna por una inmensa distancia, no dejé de pensar en ella ni un solo momento, y pedí fervorosamente al Todopoderoso que me permitiera volver á verla, porque Roma es para mí la verdadera Italia, el único símbolo de la unidad italiana.»

Algun tiempo despues del viaje que emprendió con su padre, Garibaldi presenció por primera vez una tempestad en medio del mar, y aunque el buque en que iba pudo salvarse, tuvo el disgusto de ver á otro irse á pique, sin que hubiera sido posible salvar á ninguno de la tripulacion. Semejante espectáculo produjo en el jóven una impresion profunda, y le afligió en estremo, mas no por esto se intimidó ni disminuyó su aficion á la vida aventurera, y así es que á un viaje siguió otro y otro, de modo que el jóven marino pasó la primera parte de su vida arrostrando toda clase de peligros, hasta que al fin, habiendo desembarcado en Constantinopla, sintióse acometido de una grave enfermedad, y el capitan del buque se hizo á la vela dejándole abandonado. Sin dinero, sin amigos, y en tierra estraña, Garibaldi se hallaba en una situacion muy crítica, pero gracias á la generosidad de un médico, no sólo recobró la salud, sino que obtuvo el cargo de tutor de una familia italiana residente en la capital de Turquía. Algun tiempo despues, se le presentó una oportunidad para formar parte de la tripulacion del buque *Nuestra Señora*, y á poco tuvo la suerte de que se le nombrase capitan, con lo cual pudo lanzarse de nuevo en su vida aventurera y dar repetidas pruebas de sus grandes dotes de marino. Desde aquel momento, Garibaldi no pensó ya sino en Italia y en los medios de libertar á su patria; arrojar al estranjero de su país, inducir á éste á sacudir el yugo que le oprimia, eran los únicos proyectos que ocupaban la imaginacion de nuestro héroe durante las largas noches de navegacion, que paseando por la cubierta de su buque, se entregaba á sus tristes reflexiones.

Parece que un ciudadano de Italia que se embarcó con Garibaldi para Taganrog, fué el que primero le hizo comprender lo que debe hacer un hombre por su país, y un patriota francés llamado Emilio Barault, fué el que se encargó de aclarar sus ideas sobre este punto. Desde aquel momento, el jóven capitan reconoció como principio fijo que era deber de todo hombre, no solo libertar á los oprimidos, sino tambien sacar la espada en defensa de su pátria, y en su concepto, todo aquel que consiguiese rechazar á los invasores, granjearse la estimacion de un pueblo y salvar su existencia nacional, debia considerarse no solo como un soldado ó un patriota sino como un héroe. Estas ideas fueron una nueva luz para Garibaldi, y á veces se preguntaba si no estaria destinado por la Providencia para ser el libertador de su país y asegurar el triunfo de la mas sagrada de las causas.